

El Ayuntamiento de Cabra, en honor de los escritores premiados y del conferenciante, ofreció una cena en el Parque Sindical Deportivo.

Como egabrenses, hemos de dejar escrita nuestra satisfacción, que recoge la del pueblo de Cabra. Enhorabuena a nuestra Corporación Municipal, a su presidente, que han sabido honrarse, honrando a quienes tanto y tan alto supieron poner siempre el nombre de nuestra ciudad. Enhorabuena y también, sinceramente, muchas gracias.

P. C.

("El Egabrense", 26 abril 1975).

DON JUAN VALERA TORNA A SU TIERRA

La ciudad de Cabra ha recibido con máximos honores los restos mortales de don Juan Valera, que fueron sepultados en el mausoleo que para su ilustre hijo ha erigido la ciudad. Don Juan Valera, viajero de por vida, hasta que la enfermedad y, sobre todo, la ceguera, le compelieron a volver a la patria, retorna ahora para siempre a su tierra. Mediado enero de 1895, escribía desde Viena a Menéndez Pelayo: "Entre mis mil y un alifafes cuento, por desgracia, el de estar casi ciego. Temo que pronto, si sigo así, no podré escribir a nadie de mi puño. En fin, como hace tres meses cumplí los setenta años, no puedo decir que me haya malogrado". Ciego casi, se vino a Madrid por julio del mismo año, y allí murió en abril de 1905, hizo ahora justamente setenta años. No obstante su ceguera, a pesar de haberse de servir de amanuense —el fiel Pedro de la Gala "Perikito"—, Valera lleva a cabo en estos diez años, y saca a luz, una amplísima serie de importantes novelas, "Juanita la Larga", "Genio y figura", numerosos cuentos luego recogidos en volumen, y, sobre todo, "Morsamor", cuasi autobiografía espiritual del propio Valera y como su "Persiles", que así calificó a esta novela Eduardo Gómez de Baquero "Andrenio".

Cuando se ha leído despacio, con esa delectación que Valera pedía al lector, la obra de don Juan Valera, se advierte que toda ella está penetrada de cordobesismo; más exactamente, de la tierra cordobesa de Valera, de Cabra, de Doña Mencía, de Lucena, aunque de ella no se haga expresa referencia. Al decir esto no pensamos precisamente en "Juanita la Larga", con su ambiente costumbrista pueblerino; sí pensamos en "Pepita Jiménez", aún dejando de lado lo circunstancial y anecdótico del relato. En esta novela, no sólo las calles, la noble casona y la modesta vivienda, el ambiente social, el campo y el paisaje, sino también el espíritu, el talante y el sentir

de los personajes, el climax todo de la narración, es egabrense, a pesar de eso que se ha llamado el esteticismo de Valera, a pesar de lo pulido del lenguaje, a pesar de la a veces excesiva limpidez y clasicismo de las descripciones.

En tal sentido habríamos de considerar también el pensamiento de Valera, su escepticismo, que no era tal ni tanto; su resabio de clasicismo helenista y latino, su equilibrio, su tolerancia, su complacencia, su discreto hedonismo; considerados todos estos aspectos de su personalidad, ¿en qué medida son fruto de su formación, cultural, filosófica, humanista, y en qué proporción raíces de su tierra? ¿Hasta qué punto —pensamos— el hombre, incluso un hombre de tan universal espíritu como Valera, es siempre un árbol desarraigado, trasplantado, sentido de su tierra primera? "Morsamor", quizás su obra menos leída, es, a nuestro parecer, la más hondamente personal; por eso también la más empapada del espíritu de su tierra, de serena gravedad, de severidad disimuladamente entretejida con el más sutil sentido del humor. Pensamos que, en lugar de una cita de Camoens y otra de Virgilio, Valera debió haber puesto en la cabecera de "Morsamor" unas citas de Séneca, de Maimónides, de Góngora.

Es justo que, aunque sea setenta años después de muerto, don Juan Valera torne a su tierra, dicho así con la más rigurosa exactitud.

Juan INFANTE-GALAN

DON JUAN VALERA, EN LA FERIA DE ABRIL DE 1851

Ahora quiero hablarle de mi viaje a Cádiz y Sevilla, a donde pasé aprovechándome de mi comisión diplomática y después de haberla cumplido; donde tuve el gusto de ver la Semana Santa y la Feria; y donde agradablemente entretenido me faltó tiempo para escribir a Vd., por lo que no deberá extrañar la falta de mis cartas.

El Miércoles Santo por la noche llegué a la capital de Andalucía, saboreando los gratos recuerdos que las lindas gaditanas, celebradas por los poetas, desde Anacreonte hasta Byron, habían dejado en mi alma, y gozando de la visión divina de la más hermosa de ellas, Doña Emilia Muñoz, compañera mía de viaje que ojalá lo siguiera siendo, y de las fértiles y poéticas orillas del Guadalquivir, cuyo limoneros embalsaman el ambiente. No le digo a Vd. la de antiguos amigos que allí encontré, las damas elegantes, las majas salerosas, y las garbosas gitanas que ví, admiré y traté, y que